

Por el Profesor de Geología de la Universidad

Central,

Señor Don Augusto N. Martínez

Sesenta años de recuerdos



EL DOCTOR TEODORO WOLF

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

COMO CONOCI AL DR. TEODORO WOLF

(UNA PAGINA DE MI VIDA INTIMA)

Al principiar el año de 1874, todavía no había cumplido catorce años de edad y era discípulo de los Hermanos de las Escuelas Crísticas de Quito, en la clase Superior.

Entusiasmado con la lectura de las cartas que dirigieron, por aquel tiempo, los sabios alemanes Reiss y Stübel, al Presidente García Moreno, sobre sus viajes y ascensiones a las montañas volcánicas de la Patria, y sin duda alguna por una vocación irresistible, supliqué a mi Padre que me permitiera estudiar Geología en la Escuela Politécnica que, pocos años antes, fundara aquel Presidente.

Mi padre, el hombre de la justicia y del honor, espíritu de visión grandiosa, libre de prejuicios y que se adelantó a su época, por lo menos con medio siglo, acogió benévolamente y hasta con entusiasmo mi decisión. Así, el 2 de Febrero del año nombrado, me presentó ante el Profesor Juan B. Menten, en ese entonces Decano de la Facultad de Ciencias y Escuela Politécnica y me hizo inscribir como ALUMNO OYENTE, de la clase de Geología, aunque ya los cursos iban muy adelantados. Una vez cumplidos estos requisitos, el Profesor Menten me condujo a presencia del Profesor de la materia que anhelaba estudiar, a la del Profesor Wolf, en una palabra.

Cuando éste se impuso de mi pretensión, me miró despectivamente, de arriba abajo, como suele decirse, y me preguntó, con muestras inequívocas de fastidio y enojo:

— «Sabe usted siquiera qué cosa es la Geología?».

Sin amilanarme por recepción tan fría e inesperada, y, con una audacia de la que no me creía capaz, le contesté:

— «Sí señor, sí sé qué es la Geología, porque he leído las cartas de los doctores Reiss y Stübel y tengo decidido empeño de estudiar a nuestros volcanes.

— «Está bien, asista a las clases, pero desde ahora le advierto que en manera alguna, me preocuparé de usted».

Fué la respuesta del sabio maestro.

Pasados los años, me dió la razón porque acogió de esa manera mi anhelo, mi entusiasmo, por conocer la ciencia del Globo: una montaña de disgustos y contrariedades, una enfermedad que, a pasos acelerados, le llevaba a la tumba, agrió su carácter. ¡Vivía en un ambiente de perpetuo mal humor!

Al día siguiente de mi entrevista con el Profesor Wolf, asistí a la primera lección que, por una rara casualidad, era exactamente la primera sobre el volcanismo. Mis condiscípulos, el Dr. en Medicina, Carlos R. Tobar, al andar de los años, uno de los hombres más eminentes de la República; el señor Alejandro M. Sandoval, el químico Dr. Manuel Herrera, don Mariano Herrera, en edad, eran mayores para mí, con ocho, talvez con diez y más años.

Las lecciones eran orales. Acostumbrado a las APRENDIDAS DE MEMORIA de la Escuela de los Hermanos, desde el primer momento comprendí la necesidad de inventar una taquigrafía especial, para perder lo menos posible de las explicaciones del Maestro. Pronto me familiaricé con este sistema y así pude formarme un texto propio que después sirvió a mis viejos condiscípulos Herrera y Romero, para sus exámenes de fin de año, ya que ellos, talvez por indolencia u otra causa, no se tomaron el trabajo de escribir notas. Inmediatamente después de las clases me ocupaba en descifrar las mías y PONERLAS EN LIMPIO, como se dice en las escuelas. Conservo hasta ahora mi cuaderno original.

He dicho que ingresé a las clases de Geología, ya muy avanzado el año escolar, por tanto, las lecciones anteriores hube de redactarlas mal y por mal cabo con las notas del señor Alejandro Sandoval, quien tuvo la gentileza de prestármelas. Mal y por mal cabo, ciertamente, pues sólo su autor podía interpretarlas y no un muchacho de catorce años.

Por esa misma época, dos veces a la semana, de 7 a 8 de la noche, dictaba el Profesor Wolf conferencias sobre al-

tas cuestiones de Geología, ante un auditorio, si bien escasísimo, formado de caballeros notables de la Capital. Excusado es decir, que yo asistía con absoluta puntualidad a esas conferencias, aunque, por otra parte, no entendía gran cosa.

Con el recuerdo de esas conferencias se liga otro muy curioso, pues ahora, tengo plena seguridad, fué el que definió exclusivamente el FUTURO del sabio maestro. Exponía los fundamentos de la doctrina darwiniana, jamás oída en el Ecuador, hasta ese entonces, cuando notó que en la puerta del salón había dos sacerdotes que no se atrevían a entrar: eran los señores Canónigos, Dr. Leopoldo Freire y Dr. Nicolás Tobar, altas dignidades de la Iglesia Metropolitana. Parece que este acto impropio, para decir lo menos, de los señores Canónigos, exaltó la cólera y el mal humor de Wolf, a un grado indescriptible, cortó el hilo de la conferencia, y con voz airada exclamó:

— «Señores, si ustedes vienen como discípulos, entren y no se queden afuera; o, si quieren discutir conmigo sobre las doctrinas científicas que expongo en estas conferencias, también estoy listo para ello, pero no aquí sino en mi cuarto que ustedes lo conocen muy bien.

Los señores Canónigos, sin contestar una palabra, se embozaron en sus amplios manteos, dieron media vuelta y se marcharon.

Después se dijo, lo recuerdo muy bien, que habían llegado a oídos del excelente y bonísimo Arzobispo Checa, noticias de que el Profesor Wolf, en sus conferencias, dictaba doctrinas anticatólicas y disolventes. Para cerciorarse de la verdad, comisionó entonces a los dos señores Canónigos, que tan mal fueron recibidos por Wolf. ¿Cuál el resultado de este incidente? La conferencia aquella fué la última, y pocos meses después, Wolf abandonaba para siempre la Compañía de Jesús, «CON EL MISMO PLACER QUE DEBE EXPERIMENTAR EL PRESIDIARIO, CUANDO SALE DE LA PRISIÓN» (palabras que oí del Maestro, algunos años más tarde, en Guayaquil).

II

COMO CONTRAJE AMISTAD CON EL Dr. TEODORO WOLF

(OTRA PAGINA DE MI VIDA INTIMA)

Cuando regresé a la Escuela Politécnica, en octubre del mencionado año de 1874, para dar comienzo a mis estudios ya regularizados sistemáticamente, con los sabios consejos del Profesor Dressel, amigo y compañero del Profesor Wolf, en la Universidad de Bonn, éste ya no estaba en la Compañía, o por lo menos había dejado de ser profesor.

Tuve la fortuna de asistir a esa institución, durante dos años escolares (1874-1875, 1875-1876). Volví a cursar Geología en este último año, que también fué el postrero de la vida de la Escuela. El sucesor de Wolf en aquella asignatura, fué Dressel, y este mismo fué mi Profesor en todas las asignaturas que estudié en esos dos años, exceptuando la Física y la Botánica.

Desde la trágica muerte de García Moreno, Dressel tuvo la visión del fin, en breve plazo, de la Escuela Politécnica; así me tomó a su cargo, como suele decirse, para obligarme a estudiar lo que más pudieran mis facultades casi infantiles, pues creía él que no sería difícil obtener para mí, la GRACIA de rendir el examen de grado para el título de Profesor en Ciencias Físicas y Naturales. Por otra parte, desde el primer año me eligió compañero para sus exploraciones científicas. Estas fueron tres: en Marzo de 1875, al Quilotoa y Sigchos, en la Provincia de León; en Agosto del mismo año, a Baños y Riobamba, con el fin de estudiar las Fuentes Termo-Minerales de uno y otro lugar (en Baños, recibimos la noticia de la muerte de García Moreno); por último, en Julio del año siguiente (1876), al Sangay, a los depósitos de antracita de Penipe, a la célebre Quebrada fosilifera de Chalang, en Púnín, etc., etc. Fuera de estas tres grandes exploraciones, hicimos varias, sin alejarnos mucho de la Capital.

El Profesor Dressel quería que la Tesis para mi grado de Profesor en Ciencias, sea el estudio geológico de la montaña volcánica ANTISANA, y para lo cual, al regreso de Riobamba de nuestra última exploración, habíamos convenido que él me llamaría (pues yo quedé en Ambato) después de algunos días para verificar nuestra visita al Antisana.

La transcripción literal de algunos acápite de la carta siguiente, da a conocer la causa del fracaso de nuestro proyecto:

«Quito, 18 de setiembre de 1876.— Muy querido Augusto. Ya había escrito una carta, para avisar a usted, como habíamos convenido, que este miércoles partiré al Antisana e invitarle a que me acompañe usted. Mas, de repente viene la noticia de la revolución (la del 8 de setiembre, por el General Veintemilla), y me obliga a quedarme. En cuanto a la Escuela Politécnica, ya no tenemos que hacer nada con ella, pues el Gobierno nos ha dado la dimisión y el sábado se entrega todo. El lunes partiré para siempre de Quito, tocando, si sus padres lo permiten, en la Liria. De Ambato me dirigiré a Riobamba y me quedaré allí unos días para sacar todavía unos dibujos y para ver cómo pasar a Guayaquil.....

«Con gran interés he visto su carta estimable, que usted se ha ocupado con investigaciones científicas y espero oírle algunos resultados interesantes que ha obtenido. Yo, mientras este tiempo, tampoco estaba ocioso: he estudiado el Rumiñahui, Pasocha, Atacazo, e hice dos largas excursiones a los dos Pichinchas.— Más en la entrevista próxima.— Su amigo,— L. Dressel, ex-Profesor».

Cuando su paso por la Liria, el Profesor Dressel me aconsejó que todos mis futuros trabajos científicos, los sometiera al criterio y aprobación del Profesor Wolf, prometiéndome, además, que si se encontraba con él en Guayaquil, me recomendaría. Abrigo la seguridad de que cumplió su promesa, aunque después nada me dijo al respecto el Dr. Wolf.

En marzo de 1880, me fué dado realizar mi sueño dorado de geólogo: ¡UNA VISITA AL ANTISANA! Cerca de un mes permanecí en los dominios de este Soberbio Monarca de los Andes Ecuatoriales, y el recuerdo de los días venturosos

que pasé con él, es uno de los más gratos que guarda mi memoria.

De regreso a la Capital, revisé mis notas y les di cuerpo en una «MEMORIA SOBRE EL VOLCÁN ANTISANA». Recordando la promesa de Dressel, el manuscrito, acompañado de una carta suplicatoria, fué a manos del Dr. Wolf. Con harta benevolencia, desde luego inesperada, acogió mi trabajo, corrigió lo mucho que había que corregir, amplió lo que había que ampliar, suprimió lo que debía suprimirse y así le dió para su publicación, en el primer Diario que hubo en ese entonces, «La Nación» de Guayaquil, recientemente fundado por don Juan Bautista Elizalde, uno de los hombres más destacados del país. Y Wolf no sólo hizo eso, sino también me aconsejó que enviara a Dressel, una copia de la Memoria, para que la publicara en una de las revistas científicas de Alemania. Algunos meses más tarde, recibía la noticia que ese querido e inolvidable Profesor Dressel, la había traducido al alemán y publicado bajo mi nombre, con el título de «DAS VULKANGEVIRGE DES ANTISANA». En la carta que me lo comunicaba, agregó que *por el mismo correo* me enviaba un ejemplar de esa revista, pero jamás llegó a mis manos. Además, consiguió él, para mí, un nombramiento honrosísimo, que tampoco viene al caso rememorar.

La buena acogida que mereció del Dr. Wolf mi Memoria sobre el Antisana, fué el punto inicial de una correspondencia sostenida, con interrupciones más o menos largas, pero que duró años de años, hasta el de la guerra mundial.

Personalmente volví a verle a los tres o cuatro días de nuestro triunfo sobre las fuerzas de la Dictadura del General Veintemilla en Guayaquil, el 9 de julio de 1883. Fué la primera visita que recibí en tan hermosa y queridísima ciudad.

Antes de regresar a la sierra, permanecí en Guayaquil, algo como un mes. En este espacio de tiempo, raro fué el día que no fuera a pasar, por dos o tres horas, con el sabio maestro: así me lo había pedido! Y en su preciosa casita, llena de luz, llena de flores, llena de CIENCIA, en el barrio de Ciudad Vieja, cuánto aprendí en esos inolvidables momentos, cuyo recuerdo vivirá en mi vida! Al despedirme, para regresar a la sierra, ambos presentimos que la despedida era para siempre. No volví a verlo!

Desde que el Dr. Wolf salió de la Compañía, sólo dos ocasiones regresó a la altiplanicie de la Patria: la primera en

los últimos días de Agosto de 1877, para estudiar y ascender al Cotopaxi, después de la formidable y desastrosa erupción del 26 de junio de aquel año; la segunda, por marzo de 1880, para encontrarse en nuestra Liria (Ambato), con el Dr. Juau Bautista Menten y concertar las bases de un grandioso proyecto que ambos llevaban entre manos: **LA CARTA GEOGRÁFICA DEL ECUADOR!**

ADVERTENCIA

Las fuentes de información, para redactar el ligero esbozo biográfico del ILUSTRE SABIO, el Dr. Theodor Wolf, el inolvidable MAESTRO MÍO, consisten: en mis recuerdos personales, y sobre todo en la Necrología que el Dr. A. Schade, publicó en la Revista «Sitzungsberichte und Abhandlungen der Naturwissenschaftlichen Gesellschaft, in Dresden, Jahrgang 1924 (Dresden 1925), S. V. XVI», Revista que la debo a la gentileza y amabilidad de la honorable y muy distinguida matrona, señora Bertha Wolf, viuda del SABIO.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

III

EL DOCTOR TEODORO WOLF

El 22 de Junio de 1924, a los 84 años de edad, falleció en Dresden-Plauen (Alemania), el sabio doctor Teodoro Wolf, antiguo Profesor de la Facultad de Ciencias y Escuela Politécnica de Quito y autor de la monumental obra, Geografía y Geología del Ecuador. Con su muerte, el mundo científico experimentó una pérdida irreparable, y nuestra Patria, el *Gran Ciudadano de Honor*, que tanto hizo por ella.

FRANZ THEODOR WOLF, nació en Bartholomä, Rauhen Alb, y fué el tercero de siete hermanos. Sus padres, un modesto preceptor de escuela católica, pero hombre de gran ilustración y saber, quien fomentó en su hijo, desde los primeros

años, el amor a la naturaleza, con decidido empeño. La madre, una mujer de costumbres sencillas y cuyas aspiraciones, para su hijo, eran menos elevadas, ya que se concretaban en el deseo de hacer de su niño, UN BUEN PARROCO. Pero, para llenar estos fervientes deseos, fatalmente carecía de los medios pecuniarios indispensables.

Cuando el niño había llegado a los 13 años de edad, por una de esas casualidades de la vida, obtuvo una beca y con ella pudo ingresar, como alumno interno, a la clase cuarta del Gymnasium de Gmünd; allí permaneció por algunos años, pero cuando debía pasar, para concluir sus estudios al Convictorio de Ehigen, cerca de Rottweil, se clausuraba este establecimiento. Desalentado regresó al pobre hogar paterno.

Permanecía en él cuando, por desgracia, contrajo amistad con un joven que había sido novicio en la Orden de los Jesuitas, pero que hubo de dejarla a causa de su ineptitud y ninguna preparación. A pesar de esto, había quedado fiel a aquella Orden. Consecuente con esta fidelidad, emprendió en la conquista del ánimo de Wolf para que ingresara en ella, cosa que este último jamás se había imaginado. El ex-novicio le habló sobre las inmensas ventajas materiales y espirituales de la Orden, y, para reforzar sus argumentos, puso en manos de Wolf un libro: LOS JESUITAS EN EL PARAGUAY. —Lo leyó lleno de entusiasmo y fervor; ¡Estaba en el destino!

La fundación del Estado Teocrático de los Jesuitas, descrita en el libro, despertó en el joven creyente católico, entusiasmo indecible. La exagerada exposición de las empresas que llevaron a cabo los Jesuitas, los prudentes (según ellos) procedimientos individuales de sus discípulos, la educación, conformándose a la capacidad vocacional de cada uno de ellos, ejercieron enorme impresión en el espíritu del joven. Para llegar a ser un Párroco católico ordinario, Wolf carecía de inclinación alguna, pero las misiones entre los paganos le entusiasmaron grandemente. En el silencio del hogar, acariciaba la esperanza de trasladarse a los Trópicos y contemplar con sus propios ojos ese mundo maravilloso. Después de mucho bregar, al fin su padre consintió, pero supremo fué el dolor de la madre, al pensar que iba a perder para siempre a su hijo idolatrado; únicamente la consideración de que éste aseguraba su situación espiritual, pudo atemperar en algo ese inmenso sufrimiento.

El 30 de Octubre de 1857, ingresaba, el joven Wolf, en el Instituto de los Jesuitas de Gorhein en Siegmaringen, vistiendo el hábito de novicio.

Después de haber hecho largos y profundos estudios de los clásicos antiguos, se le otorgó el tiempo suficiente para que se lo entregara a los de su íntima preferencia, a los científicos, apoyados, eso sí, por sus superiores, ya que querían hacer de él un hábil especialista que, tarde o temprano, prestaría importantes servicios a la Orden.

Así Wolf, herborizó en los contornos de su residencia, dejando un excelente herbario, completado en Munster, en el otoño de 1860. Desde el de 1861, prosiguió sus estudios en Aachen, en donde se enseñaba especialmente Filosofía, y con ella también Matemáticas e Historia Natural. Pero sólo ésta le atrajo invenciblemente. El Profesor de esta asignatura le confió las colecciones de Botánica, Zoología y Mineralogía del Colegio, para su arreglo e incremento, y le asoció a sus exploraciones mineralógicas y botánicas.

Cuando menos lo esperaba, en Setiembre de 1862, recibió el mandato de trasladarse a la ciudad de Bonn. El Provincial de la Orden, Andrledy, le eligió para que se dedicara, desde ese momento, al estudio fundamental de las Ciencias Naturales. Anderledy era hombre de clara visión. Preocupado sobre manera con la poderosa doctrina del TRANSFORMISMO de Darwin, obtuvo del General de los Jesuitas, la facultad de poder enviar a algunos escolares, de notable talento y preparación, pertenecientes a la Orden, a la Universidad de Bonn, a fin de que asistan por algunos años, a estudios facultativos, ya que la Ciencia era la llamada para forjar las armas con que se combatiría al INMENSO DARWIN, WOLF, con Dressel y, si no ando equivocado, Sodiro, constituyeron la vanguardia.

En octubre de 1862, Wolf y sus compañeros se matriculaban en la Universidad de Bonn. Allí estudió Geología, con Noggerat; Petrografía y Cristalografía, con Gerhard vom Rath; Botánica, con Schacht; ulteriormente, Paleontología, Mineralogía, Zoología y Química, con otros eminentes profesores. Desplegó gran celo en sus estudios, llegando a profundizarlos en grado muy notable. Ya desde ese entonces contrajo cordial y duradera amistad con los tres profesores primariamente nombrados.

Por aquel tiempo, el ilustre botánico Schadht, estableció un premio, para el mejor trabajo sobre el tema: «Historia Natural de las flores de las Orquídeas». Wolf salió vencedor en el concurso. Su trabajo se publicó en el «Anuario de la Ciencia Botánica» de Pringsheims, y bajo el título de «Contribuciones para la historia del desarrollo de las flores de las Orquídeas» (Beitrage zur Entwicklungsgeschichte der Orchideen-Blüte). Fué su primer trabajo científico.

Repentinamente se vió interrumpido en sus estudios. El 13 de Agosto de 1864, a la edad de 23 y medio años, fué enviado, como Profesor de Historia Natural, al colegio de Maria-Laach, en donde debía enseñar Botánica, Zoología y Geología. Por lo demás, allí encontró superabundante tiempo y ocasión para sus estudios propios, en los alrededores de Laacher-See. De estos estudios, el más importante que se conoce es el de los Materiales Eruptivos de esa región volcánica; además, dirigió numerosas correspondencias que vieron la luz en varios números de la Revista «Sitzungsberichten Vereins für Natur-und-Heilkunde». El Profesor R. Brauns, elogiando la memoria sobre los Materiales Eruptivos de Laacher-See, dice: «Este trabajo vale hasta hoy, como la base fundamental para el conocimiento de los Productos Eruptivos del Laacher». (Eifelvereinsblatt, 1924, S. 65).

Igualmente compuso manuscrita, una Flora de la región del Laacher-See para sus discípulos que mereció ser citada, con caluroso aplauso, muy recientemente por el Profesor Gilbert Rahm, doctor Pil. O. S. B., en su obra: Pflanzen vom Laacher-See und seiner Ungebund, Aus Natur u, Kultur der Eifel, Bon, 1923.

Algunos viajes por los Alpes y Bélgica, ampliaron más y más sus conocimientos geológicos, mineralógicos y botánicos.

En 1868, finalmente, debió principiar sus estudios de Teología. Este derrumbamiento inesperado, renovó sus luchas interiores, entre la Ciencia y la Religión. Pero, otra vez, vino un cambio repentino e inesperado: EL PROFESORADO DE GEOLOGIA EN LA UNIVERSIDAD DE QUITO! Se realizaban sus más caras esperanzas y aspiraciones. Iba allá, no como Misionero Catequista de tribus salvajes, sino como verdadero explorador del maravilloso país de los Trópicos! Con enorme entusiasmo y decisión, aprovechó del corto tiempo que le quedaba antes de su partida, para familiarizarse con el

idioma español. Además, para ponerse al nivel de los otros Profesores, ya ordenados y residentes en Quito, hubo de consagrarse sacerdote.

Después de una última visita a sus queridos Padres y una larga permanencia en París, para el arreglo de las colecciones e instrumentos de enseñanza que debía llevar, el 9 de Julio de 1870, se embarcó con dos Padres Jesuitas (Juan B. Menten y Luis Sodiro), en el vapor francés Europa.

El Presidente del Ecuador, García Moreno, se propuso levantar el nivel intelectual de su Patria, y así quiso añadir a la vieja Universidad de Quito, una Facultad de Ciencias y, al mismo tiempo, fundar una Escuela Politécnica.

Las Cátedras de Ciencias Naturales y Matemáticas, debían desempeñarlas en común los mismos Profesores. El 1º. de octubre de 1870, se inauguraba la nueva Facultad, con los tres recientemente llegados y un muy reducido número de estudiantes. Al año siguiente, vinieron otros tres Profesores, y, al finalizar el cuarto año, hubo quince, todos alemanes, a excepción de uno, Luis Sodiro, que era italiano.

Wolf debía enseñar Mineralogía y Geología y, accidentalmente, Zoología. Casi desde el principio se presentaron grandes dificultades. Los pocos estudiantes carecían de preparación alguna, por tanto, fué preciso dictar los cursos preparatorios, para obtener algún resultado. No existían libros apropiados en español y así los Profesores debieron dar clases de francés, inglés y alemán. A esto se añade que ellos mismos tuvieron que emplear parte de su tiempo para familiarizarse con el idioma, aunque a Wolf, conocedor del italiano y, como hemos dicho, antes de su partida de Europa ya se había iniciado en esto, le causó relativamente poca dificultad.

Por causas que no vienen al caso mencionarlas, los resultados obtenidos dejaron mucho que desechar, digase lo que se quiera. Fracasó, en su mayor parte, el entusiasmo de García Moreno y lo poco que obtuvieron los Profesores europeos en los cinco primeros años, se perdió casi por completo después de la muerte de aquel Presidente en 1875. Hay que hablar claro, en obsequio de la verdad histórica.

Como se le concediera a Wolf absoluta libertad de movimiento, tuvo la oportunidad de poder consagrarse en notable escala a sus estudios prácticos profesionales. En repetidos y siempre más y más extensos viajes, conoció al país y a su gente, colecciónó plantas, minerales, rocas, fósiles, material

etnográfico, especialmente de los indios salvajes de la Región Oriental, pero también de los de la Altiplanicie, estudió su idioma, el quichua y otros más. Sin embargo, en casi todas partes, era aún TERRA INCÓGNITA. Pero, como era natural, preferentemente se aplicó a los fenómenos volcánicos, ya que nuestro Ecuador es el país clásico del volcanismo.

Pocos meses antes de la llegada de Wolf a Quito, vinieron de la República vecina, Colombia, los eminentes vulcanólogos, doctor Stübel y doctor Reiss. Inmediatamente visitaron a Wolf y muy pronto se estableció entre ellos estrechísima amistad que se mantuvo inalterable durante 34 años, hasta el fallecimiento del doctor Stübel, en noviembre de 1904.

Al año siguiente, a veces solo, o en asocio de Reiss y Stübel en innumerables excursiones, Wolf investigó al país geológica y geográficamente, en especial a la Provincia de Imbabura, que dos años antes había experimentado un desastroso terremoto. Y también a la Provincia de Chimborazo, en comisión del Gobierno, para localizar un yacimiento de antracita y grafito en las cercanías de Penipe, además, la situación de un lugar rico en restos fósiles de una Fauna Cuaternaria en Punín, aldea de Riobamba. Estudió también el sistema fluvial deltiforme del río Guayas, la Isla de la Puná en el Golfo de Guayaquil, etc., etc. Igualmente en comisión del Gobierno, para dilucidar un «Fenómeno volcánico», en la Costa de Manabí, al norte del Cabo Pasado, que se manifestó como un colosal derrumbamiento de la región, que, por otra parte, hasta entonces jamás había sido examinada por geólogo o geógrafo alguno.

Los resultados de todas las exploraciones se publicaron en la forma de Memorias científicas Populares, en el periódico del Estado, «El Nacional» y además, en folletos por separado. En mi archivo particular tengo la fortuna de conservarlas, como un tesoro inapreciable.

Al regreso de una exploración sin resultado alguno, para hallar una pretendida mina de plata en una de las regiones más desapacibles y ásperas de nuestros páramos, Oyacachi, a donde fuera en compañía del Profesor Dressel, al comenzar el año de 1872, Wolf cayó enfermo con una disentería maligna, que le duró meses de meses. Apenas aliviado de esa dolencia, emprendió durante las vacaciones de fin de año, el estudio vulcanológico del Tungurahua; exploró el valle de ruptura del río Pastaza, uno de los mayores afluentes del

Amazonas, hasta las cercanías de las tribus salvajes de los Jíbaros, en un clima ardiente y en medio de una admirable Flora y Fauna.

La mayor parte del año de 1873, se consagró a la colección e interpretación de todos los documentos y noticias sobre las erupciones volcánicas y terremotos del Ecuador, desde la Conquista en 1534 hasta nuestros tiempos. Documentos llenos de mérito y hasta ese entonces desconocidos, yacían en riquísima integridad, en los Archivos del Gobierno y de la Municipalidad de Quito, en las bibliotecas privadas y antiguos conventos. De esta manera fueron los datos geológicos e históricos de las obras del Padre Velasco, de A. von Humboldt y otros, significativamente ampliados y muchas veces rectificados. Estos estudios están contenidos en un trabajo meritísimo intitulado: «Crónica de los Fenómenos Volcánicos y Terremotos en el Ecuador, con algunas noticias sobre otros países de la América Central y Meridional, desde 1533 hasta 1797, Quito, 1873». (1)

Un extracto de la Crónica se publicó en Alemán, en tres partes, en «Neuen Jahrbuch für Mineralogie und Geologia», Heidelberg, 1875 y bajo el título de «Kritische Zusammenstellung der Ecuador stattgefundenen Vulkan-Ausbrüche und Erdbeben seit der Conquista».

Así iba edificando el conocimiento del país, piedra sobre piedra, pero, cuánto de valioso quedaba todavía! Sólo el que personalmente ha explorado siquiera una pequeñísima región con miras científicas para conocer su individualidad, puede apreciar el enorme esfuerzo que tiene que desplegar en los países tropicales y eso prescindiendo de las dificultades corporales y de otra índole que se le oponen a cada paso. Únicamente el ideal de la Ciencia le permite sobreponerse.

La Península de Santa Elena en la Costa del Pacífico fué el teatro de sistemática exploración; sus peculiarísimas Fauna y Flora, sus capas Cuaternarias, ricas en petróleo y sal marina, con restos fósiles del Mastodon andium, su Volcancito de Fango y sus fuentes termo minerales con yodo y bromo, le ocuparon al sabio por largos días.

(1) En 1904, el autor de estas páginas publicó en los «Anales de la Universidad Central», una segunda edición de la Crónica de los Fenómenos Volcánicos y Terremotos en el Ecuador. A. N. M.

Por ese mismo año de 1874 descubrió un hecho nuevo, LAS LAVAS Y ANDECITAS CUARCIFERAS y su distribución en los Andes Ecuatorianos, hasta entonces desconocidas en nuestro país, aún por los investigadores europeos que nos habían visitado anteriormente.

Los resultados científicos de estos viajes, se publicaron en el Periódico Oficial, con el título de «Relación de un viaje geognóstico por la Provincia del Guayas», y en alemán, en el «Neues Jahrbucg für Miner. und Geol. Heidelberg» 1874. (1) Además, envió grandes colecciones de diverso género a los Museos e Institutos europeos, especialmente una magnífica de las Rocas Volcánicas del Alto País Ecuatoriano, a su predilecto amigo y profesor, G. von Rath, de la ciudad de Bonn.

En aquel entonces se inició una campaña gradual y sistemática de oposición a los estudios prácticos y viajes de Wolf. Los Jesuitas del Convento de Quito, por tanto, sus inmediatos superiores, estaban muy incomodados con la PREFERENCIA que les concedía el Gobierno, especialmente el Presidente de la República, a los nuevos profesores alemanes de la Escuela Politécnica y así trataron de oponerles toda clase de dificultades en su camino. Una de las causas principales de aquella odiosidad, indudablemente, en lo que se refería a Wolf,, fué la de su amistad íntima con los PROTESTANTES Reiss y Stübel.

Después de su último viaje por la Provincia del Guayas, volvió a recaer en su peligrosa enfermedad, la disinteria, que no le dejó ya más hasta su salida de Quito. Especialmente desplorable en este caso fatal fué que la asistencia (alimentos, habitación y otras necesidades de la vida) en el convento, dejaban mucho que desear. Según la Regla de la Orden, los Profesores alemanes debían depositar sus estipendios pecuniarios en la Caja de la misma; por consiguiente, todas las necesidades debían llenarse en común. Con este sistema, se comprende fácilmente, Wolf fué perjudicado de una manera inmisericorde. Sus justos reclamos para una asistencia mejor

(1) Geonostiscge Mitteilungen aus Ecuador. I. Ueber das Vorkommen von Kuarzandesit im Hochlande von Quito. 2. Geognostische Skizze der Provinz Guayaquil. 3. Ein Schlammvulkan an der West-kuste Ecuador's. Leohard und Geinitz, N. J. f. Min. u. Geol. Heidelberg, 1874.

en su peligrosa enfermedad, dieron margen para mayores hostilidades.

Por otra parte, en oposición a las promesas que le había hecho Anderledy, el Provincial alemán de la Orden, los superiores españoles en Quito (me vienen a la memoria, un Padre San Román, un Padre San Vicente, este último Coronel del ejército carlista, según se decía), con el pretexto de que Wolf por entregarse exclusivamente a las Ciencias Naturales, descuidaba la salvación de su alma (sic), trajeron de obligarle que hiciera los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Durante éstos debía retirarse del mundo, por todo un mes y ocuparse sólo con prácticas religiosas. Esta era, además, la condición definitiva para elegir la disyuntiva, o de pronunciar los últimos votos y esclavizarse para siempre, o salir de la Orden.

Después de maduras y serenas reflexiones, Wolf se decidió por lo segundo y así pidió su dimisión. Finalmente, después de ruda oposición del Provincial alemán y del General de la Orden, se dió curso favorable a la solicitud de Wolf, el 17 de noviembre de 1874. Con ella, fué natural, perdió también su puesto de Profesor en la Facultad de Ciencias y Escuela Politécnica de Quito.

Enfermo de muerte, sin la más remota esperanza de una pronta curación, con sólo CUARENTA PESOS (S/. 32) en el bolsillo, es decir, lo muy preciso para un viaje a la Costa, perdida la protección del Presidente de la República, sin ánimo para trabajo alguno, pero libre de todo despotismo, salió de Quito y se arrastró penosamente a la libre y hermosa Guayaquil.

En esta ciudad encontró cariñosa acogida y esmeradísimos cuidados, en la familia del comerciante alemán Schönholz y en la del cuñado de éste. Por otro lado, también el sabio Stübel, antes de su partida, previendo lo que debía necesariamente acontecer, se preocupó de la suerte de Wolf. Pero la enfermedad se agravaba más y más y él creía cercano su fin. Como último recurso y por consejo de varios amigos, se entregó en manos del Dr. Perdomo, un médico de la raza indígena, hombre excelente desde todo punto de vista, quien con su maravilloso arte, le dejó sano y bueno, para siempre, apenas en una semana. Prolongada permanencia en la gran hacienda de Chonana, a orillas del Daule y de propiedad de

su amigo el arquitecto inglés don Tomás Reed, vino a completar definitivamente la obra de Perdomo.

Los Jesuitas Españoles le habían desbaratado, cuando estaba en la Orden, un proyecto de viaje a las Islas de Galápagos. Repentinamente se le presentó ocasión favorable para llevarlo a cabo. Diez conferencias científicas populares, con gran aplauso en Guayaquil, le trajeron los primeros recursos económicos que podía disponer libremente y con ellos, la base material para su proyectado viaje. El 1º. de agosto de 1875, por tanto, seis días antes de la tragedia de García Moreno, dejaba Guayaquil con rumbo a Galápagos, en un buque del señor Valdizán, quien iba al Archipiélago para la recolección de orchilla. Durante la travesía realizó Wolf un descubrimiento de altísimo valor científico.

Hasta ese entonces se había admitido, en todas las Cartas Marítimas, que la Corriente fría Antártica bañaba a la costa occidental de Sud América hasta el Cabo Blanco, en los 5 grados de latitud sur, en donde se desviaba hacia las Islas de Galápagos. Pero Wolf pudo comprobar irrefutablemente que dicha corriente, al llegar al Cabo Blanco, se bifurca y un brazo poderoso de 100 millas de ancho, costea hasta el Cabo Pasado, casi debajo de la línea equinocial, desde donde se dirige, igualmente, hacia el oeste. Este notable descubrimiento vino a explicar, con toda claridad, el por qué del clima anormal, frío, seco, casi desértico, de la costa del Ecuador, en toda la Península de Santa Elena y en la Provincia de Manabi.

Tres meses y medio duró el viaje a Galápagos, interrumpido con la noticia de la muerte de García Moreno. Riquísimo fué el botín científico adquirido; pero desgraciadamente gran parte de las colecciones fueron víctimas de las Termitas (Hormigas), antes de que pudieran ser despachadas a Guayaquil. Sin embargo, siempre quedó mucho de nuevo de esas tierras, que después de Darwin no habían sido exploradas científicamente con tanta minuciosidad. Así la colección conchiliológica que permaneció intacta, suministró 21 especies nuevas que al mismo tiempo eran endémicas. La estudió Paul Reibisch y sus resultados vieron la luz en: «Sitzungsberichten und Abhandlungen», de la Sociedad Isis, en Dresden, en 1892. Valga la ocasión para decir que ya en 1873 había enviado a Europa una gran colección de Conchiliología te-

rrestre y fluvial y que fué descrita en «Blattern Malakologischen», en 1818 - 1879, por el Dr. Konrad Miller. (1)

Al regresar a Guayaquil, el 15 de noviembre de 1875, encontró Wolf una carta de su amigo y antiguo Profesor en la Universidad de Bonn, el Dr. G. von Rath, en la que le preguntaba si aceptaría en aquella Universidad, después de llenar algunas formalidades pequeñas, el cargo de Profesor con excelente remuneración pecuniaria. Estaba vacilando si aceptaría o no tan extraordinaria y honrosa propuesta, cuando repentinamente recibió con gran admiración suya, el nombramiento de GEOLOGO DEL ESTADO, que le discernía el Gobierno Liberal de don Antonio Borrero, sucesor de García Moreno.

(1) Creo de importancia reproducir algunos fragmentos de la carta que me dirigió, desde Guayaquil, el 25 de abril de 1885, el SAEIO MAESTRO sobre esta cuestión de Conchiliología: «Reciba usted las gracias más expresivas por la remesa de la colección de Moluscos, acompañada de su amable carta — señales indudables que usted no se ha olvidado de mí —. La colección ha llegado en perfecto estado de conservación, y forma un hermoso y valiente complemento de mi colección conchiliológica, en que hasta ahora, las especies cisandinas fueron representadas escasamente. Aunque, como usted sospecha, no hay una especie nueva (casi todas conocidas de las regiones del Napo, que frecuentemente fueron visitadas por naturalistas), no obstante, la colección de usted es de mucha importancia, desde el punto de vista de la distribución geográfica de los géneros y de las especies.

Las ISOMERIAS grandes (el género más característico de la región de la montaña), merecen una atención especial. Se citan más de 13 especies del Ecuador, casi todas fundadas en muy pocos ejemplares (a veces, en uno solo), enviados a Europa.: He observado que las especies de Isomeria, varían mucho en cuanto al número y a la posición de los dientes en la abertura y que hay transiciones de una especie a otra. Es probable que se debe reducir el número de las especies, a meras variedades. Pero, sólo un material muy abundante y un estudio comparativo muy detallado podrá decidir la cuestión. Merece pues la pena colectar todas las Isomerias, por docenas o, si fuese posible, por centenares. Tengo una bonita colección de Isomerias, pero, desgraciadamente, cada especie está representada sólo por muy pocos ejemplares. Le hago esta advertencia para cuando se vaya otra vez a la montaña (a Mapoto, en el valle del Pastaza). Por supuesto, hay que separar los individuos según las localidades, alturas, etc. para que formen un material científico valioso. Cerca de Baños (San Rafael, pie del Tungurahua), encontrará usted con frecuencia, una graciosa Isomeria pequeña (diámetro, 30 m. m.), una de las más pequeñas, afín a la I. Juno, Pir, que varía mucho según la altura. Un estudio interesante será también la comparación de las Isomerias occidentales con las orientales (en la altiplanicie misma, parecen faltar). Nota de A. N. M.

con un sueldo de doscientos pesos (S/. 180) mensuales, muy apreciable en aquellos tiempos. No trepidó ni por un instante: se le presentaba un vastísimo campo de investigaciones científicas, como jamás pudo imaginarse. Aceptó el empleo en el Ecuador y se excusó para con su patria.

La primera comisión que debía desempeñar fué la del estudio de los minerales útiles de la provincia de Loja, provincia que jamás, hasta entonces, había sido visitada por geólogo o geógrafo alguno. Pero Wolf quiso llevar su empeño a una escala más amplia. Se proponía explorar geográfica y geológicamente a toda la provincia y después de ella, a todas las demás, una después de otra. En 16 años de improbo trabajo, llevó a cabo este grandioso pensamiento.

En Loja realizó una infinidad de descubrimientos nuevos y, entre ellos, el de una riquísima Flora Terciaria que, posteriormente, fué estudiada y descrita por H. Engelhard (1). Igualmente descubrió una Formación Cretácea Interandina.

Una violenta revolución, la del General Veintemilla, interrumpió los trabajos de Wolf, pero, poco tiempo después de haber triunfado aquél, el nuevo Gobierno le retornó a su puesto. Así pudo explorar a las provincias, a las altas caderas de los Andes, el curso de los ríos con sus majestuosas selvas vírgenes, las regiones de la Costa como los ásperos páramos del Alto País.

**ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL**

De especial interés fué el conocimiento de la región de los Indios Cayapas, una tribu con cerca de 2.000 habitantes, en la provincia de Esmeraldas y de cuyo idioma estableció un pequeño vocabulario (2). Descubrió oro y plata, en las

(1) *Abhandlungen der Senkenbergschen Naturforschen den Gesellschaft zu Frankfurt a M.* 1895.

(2) Acerca de este particular, me permito reproducir el siguiente acápite de la carta que me dirigió desde Guayaquil, el 12 de noviembre de 1881; «...Mucho, muchísimo le agradezco a usted, el interesante vocabulario de la lengua de los Colorados de Santo Domingo que, en efecto, tiene mucha analogía con el idioma de los Cayapas. Y curioso es que, al mismo tiempo que usted pudo comprobar este hecho, yo lo sospechaba en mi último viaje, cuando en las montañas de Quevedo me encontré con tantos nombres geográficos análogos a los de la región setentrional de Esmeraldas, sobre todo con los ríos que terminan en BI y PI (agua, río; en quichua yacu). Algunas otras observaciones interesantes, sobre este idioma, le comunicaré después de haber hecho una comparación más detenida.—Nota de A. N. M.

regiones fluviales de los ríos Santiago, Bogotá, Cachavi, etc.

En la exploración a la provincia de Esmeraldas, tuvo el inesperado contento de volver a ver a su gran amigo, el Dr. Stübel, quien tocó en la desembocadura del río Esmeraldas, para de allí dirigirse por Panamá, California, New York a Europa. En esa misma provincia le fué dado salvar algunos fragmentos del idioma que hablan los últimos sobrevivientes de la tribu que ha tomado el nombre de la provincia (1).

Entonces sobrevino la formidable erupción del Cotopaxi, del 25 de junio de 1877, un acontecimiento que casi nos atreveríamos llamar feliz para el geólogo explorador, ya que, hasta esa época, no le había sido dado estudiar una gran erupción de nuestros volcanes andinos. Wolf se encontraba en Guayaquil, y, desde el primer momento, concibió el proyecto de aprovechar esa magnífica y única ocasión, para explorar el Cotopaxi, de lo más cerca que le fuese posible. Varias circunstancias, que no vienen al caso, retardaron su proyecto, hasta fines de agosto, en que pudo realizar su viaje a los sitios y lugares de la escena. Llegó hasta el filo del cráter de la montaña, a casi 6.000 metros de altura sobre el nivel del mar. Todavía arrojaba fabulosas masas de vapores y gases y dicho cráter estaba medio lleno con lava igneo-fundida.

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Como recuerdo de esta interesantísima exploración, Wolf nos dejó los escritos siguientes: 1º. Carta a S. E. el Jefe Supremo de la República (el General Ignacio de Veintemilla), sobre su viaje al Cotopaxi («El Ocho de Setiembre», periódico oficial, Nos. 52 y 53, Guayaquil, 1877); 2º. Memoria sobre el Cotopaxi y su última erupción, acaecida el 26 de junio de 1877 (con una lámina y un plano topográfico) Guayaquil 1877 (2).

(1) El vocabulario de los Cayapas, el de los indios Esmeraldas, tomados por el Dr. Wolf y el mío de los Indios Colorados de Santo Domingo, los estudió el Dr. Ed. Seler: «Die verwandte Spracher des Cayapas und der Colorados von Ecuador. In Ed. Seler; Gesammelte Abh. zur Amerik. Sprach und Altertumkunde. Berlin, 1902.

(2) Esta última Memoria fué publicada en alemán, bajo el título de: Ceognostiche Mitteilungen aus Ecuador. Der Cotopaxi und seine letzte Eruption am 26 juni 1877. Neues Jahr. f. Min. und Geol. 1878.

Cuánto se apreciaba a Wolf, en el mundo científico, especialmente en Alemania, lo demuestra el hecho de que la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn, en mayo de 1877, por tanto a los 36 años de edad, le confirió el título de DOCTOR EN FILOSOFÍA HONORIS CAUSA, y esto a pesar de no haber aceptado, años antes, el puesto que en aquella Universidad le propusieron. Aquella feliz circunstancia que llegó a conocerse por los periódicos, tanto en Quito como en Guayaquil, fortaleció y acrecentó en el país de una manera extraordinaria, su muy merecida fama y también la confianza del Gobierno. Una consecuencia de todo esto fué el decreto expedido por el Presidente, General de Veintemilla, disponiendo que todas las Memorias de Wolf debían depositarse, manuscritas de un modo permanente, en los Archivos Nacionales y, a costa del mismo Gobierno, debían imprimirse de ellas 1.500 ejemplares, de los cuales 200 se destinaban para el autor.

En efecto, en 1879, se imprimieron las tres primeras Memorias bajo el título general: «Viajes Científicos por la República del Ecuador», en el orden siguiente:

I. Relación de un viaje geognóstico por la provincia de Loja, con una carta geográfica y otra geológica;

II. Relación de un viaje geognóstico por la provincia del Azuay, con una carta geográfica y otra geológica;

III. Memoria sobre la Geografía y Geología de la provincia de Esmeraldas, con una carta geográfica.

Pero, por desgracia, tan excelentes propósitos, dejaron de cumplirse por falta de dinero.

En 1878, emprendió un segundo viaje al Archipiélago de Galápagos. Estudios generales geológicos y geográficos, especialmente, en fuentes de información antiguas e históricas, viejos mapas desde el tiempo de la Conquista, precisas medidas trigonométricas y cartografía, en especial de las provincias inexplicadas, llenan por completo los años siguientes, hasta que una nueva revolución, la llamada de la Restauración, viene a interrumpir sus trabajos. Pasado algún tiempo, el Presidente Caamaño, reconoce los servicios de Wolf y ordena el pago de sus pensiones atrasadas.

Sucesivamente completó una prodigiosa cantidad de asuntos científicos y no esperaba sino darle un curso definitivo.

Para ello, en 1884, celebró un contrato con el Gobierno, por el cual debía componer una Carta Geográfica y otra Geológica del Ecuador, en grande escala, así como una obra texto sobre la Geografía y Geología del país, todo esto con el plazo de cinco años. El Gobierno se comprometió a su vez, subvencionar al autor con una fuerte cantidad para los gastos de publicación, pero de ella debía también sacar Wolf lo necesario para las exploraciones que le faltaban realizar. Por tal o cual causa, el Gobierno no pudo cumplir, en ese entonces, con sus compromisos. Por esta circunstancia, ingresó el Dr. Wolf, en un periodo de estrecheces y necesidades, pero su gran inteligencia, su incansable actividad, conjuraron el peligro (1).

En aquella misma época, el problema del suministro de agua potable a la ciudad de Guayaquil, había llegado a un periodo de candente discusión. Entonces el Dr. Woll presentó, en 1866, un proyecto apoyado con los planos y presupuestos respectivos para tal obra. Una magnífica agua potable, debía ser conducida por tubería de hierro, de 90 kilómetros de longitud, desde las vertientes de la Cordillera de Chimbo (Agua Clara). La Municipalidad de Guayaquil, acogió entusiasta, dicho proyecto y eligió para su dirección al autor. Los trabajos se iniciaron inmediatamente, y al frente de ellos, el Dr. Wolf, permaneció durante dos años. Circunstancias que no vienen al caso recordar, le obligaron a separarse de la Dirección. En todo caso, los trabajos se continuaron, ciñéndose con insignificantes cambios, al proyecto primitivo y, finalmente, en los primeros días del mes de julio de 1892, el agua potable, atravesando el caudaloso Guayas, llegaba a la ciudad.

(1) En la carta que me dirigió desde Guayaquil, el 25 de abril de 1885, el Dr. Wolf, me da a conocer su situación, por las siguientes líneas: «... Mis estudios geográficos y geológicos no adelantan nada. Pues a pesar de mi mejor voluntad, me ha sido imposible comenzar los viajes necesarios, por falta de recursos. El Gobierno, en las circunstancias actuales financieras tan críticas no pudo cumplir con lo estipulado en mi contrato y así tendré que esperar mejores tiempos (si es que llegan). Entre tanto me veo precisado ganar mi vida (contra mi gusto), de otra manera, con trabajos particulares, como planos de haciendas, etc., y así pasará probablemente este verano que quiere principiar. Todavía no pierdo la esperanza de poder concluir un día los estudios geográficos...»

Por un acto de estricta justicia, Guayaquil le debe al Dr. Wolf, una gratitud imperecedera.

En otra obra importantísima que intervino el Dr. Wolf, con los planos elaborados por él y con su dirección, que duró hasta el año de 1890, fué la de la nueva Fábrica de Gas para el alumbrado público de la ciudad mencionada. Esta última le debe también su plano topográfico, el más prolíjo y exacto hasta entonces.

Durante los años que siguieron a su salida de la Orden de los Jesuitas, nadie molestó a Wolf por ese hecho. Pero, cuando en 1887, en lugar del tolerante y ecuánime Obispo de Guayaquil, vino un fanático Vicario español, se inició una campaña de hostilidades y se le quería reducir a prisión, con el frívolo pretexto de que había quebrantado sus votos. Entonces al Dr. Wolf no le quedó otro remedio, pero también por una sana e íntima convicción, de abrazar la RELIGIÓN PROTESTANTE, lo que verificó en Lima ese mismo año.

Además, no todo debía ser sufrimientos y contrariedades. Un sensacional acontecimiento, su matrimonio con la señorita Bertha Werber, fué un rayo de intensa luz que vino a iluminar su vida. El 6 de agosto de 1888, en el templo protestante de Lima, se unían para siempre y daban principio a la formación de un hogar, en donde reinó sólo la felicidad y la armonía, aún en las épocas difíciles y de estrechez, causadas por la gran guerra mundial. Cinco hijos vinieron a alegrar ese feliz hogar, pero dos de ellos murieron en edad temprana.

En 1889, el Gobierno del Dr. Antonio Flores celebró con el Dr. Wolf, o más bien, renovó el interrumpido contrato del año 1884. En esta ocasión, se le concedieron mayores facultades. No pudiendo hacer la impresión de la obra y de las cartas que le acompañan, aquí en el Ecuador, se decidió llevarla a cabo en Alemania; en vista de esto, en 1891, dejaba para siempre a nuestro país. Su amistad con el Dr. Stübel, hizo que eligiese a la ciudad de Dresden, para su residencia definitiva (1).

(1) Respecto a su elección de la ciudad de Dresden, para su residencia, reproducimos el siguiente fragmento de la carta que le dirigió el 9 de setiembre de 1894, al autor de estas páginas: «... Ya hace casi dos años, desde la conclusión de mi obra ECUADOR, que me ocupo con las grandes colecciones del Dr. Stübel, con estudios petrográficos de las rocas eruptivas sud americanas, especialmente del Ecuador

Ya, al mediar agosto de 1892, el Dr. Wolf había concluido su compromiso con el Gobierno del Ecuador. La monumental obra «Geografía y Geología del Ecuador» fué editada por Brockaus, Leipzig; las dos cartas por Wagner y Debes de la misma ciudad de Leipzig. De los 3.000 ejemplares, 2.450 fueron para el Gobierno, 50 para que los disponga libremente el autor, 50 se repartieron en Alemania, París y Londres. En el dia, la edición está agotada y ha llegado a ser muy rara. Hasta el presente, y no sólo a mi juicio, que podría ser tachado de parcial, sino de eminentias científicas del país y del extranjero, es lo mejor, por no decir lo único, que posee nuestra Patria. Por otro lado, jamás el Dr. Wolf pensó hacer una nueva edición de ella, a pesar de las insinuaciones del Gobierno ecuatoriano. Su quebrantada salud, en los últimos años de su vida, no le permitió, ni siquiera para dirigir con sus consejos, la nueva edición.

Ahora nos precisa dar a conocer a nuestros lectores, la opinión del sabio maestro, acerca de su obra. En carta que me dirigiera desde Plauen, con fecha 9 de setiembre de 1894, me escribe lo siguiente: «... Talvez ando equivocado lisonjeándome con la idea de que mi última obra sobre el Ecuador, habrá influido de algún modo en su entusiasmo y decisión. Pero déjeme usted con esta ilusión agradable de haber conseguido uno de mis objetos científicos, es decir, de estimular a semejantes estudios, a ampliar y corregir mis trabajos geográficos y geológi-

y Colombia. La colección petrográfica sola, comprenderá unas 10.000 muestras. Es la colección vulcanológica más completa que existe en el mundo y me dará ocupación por muchos años. Así que me veo todos los días con mi excelente amigo Dr. Stübel y también con otros profesores de Ciencias Naturales. Esta es la ventaja que tenemos en Europa, que uno no está aislado con sus ideas y aspiraciones, que vive en un círculo de hombres científicos, que respira continuamente la atmósfera de la ciencia. Fuera de las horas de trabajo científico que paso en la ciudad, de 5 a 6 horas cada día, vivo retirado y muy contento en mi finquita (villa), en Plauen, que es un suburbio de la Capital sajona, rodeada de una naturaleza admirable que convida a paseos por todos los lados»... «Además, he elegido a Dresden, para mi residencia, tanto por la amistad con el Dr. Stübel, cuanto porque me agrada más el carácter amable de los sajones, que el altivo de los prusianos y así puedo decirle que no me he arrepentido de haber elegido a Dresden por domicilio». Nota de A. N. M.

cos. ¡Cuánto queda por explorar, cuánto por rectificar, cuánto por confirmar o refutar. Nadie conoce mejor que yo los flacos de mi obra y su insuficiencia en muchos puntos; nadie se alegrará más sinceramente que yo, de que sus vacíos se llenen, que sus errores se corrijan, por hombres competentes. Además, nuestra ciencia no consiste en un sistema concluso como la Dogmática y la Filosofía Aristotélica: cada día se descubren hechos nuevos, que exigen explicaciones nuevas. Siempre he considerado a mi obra como el primer trazo de un camino que un ingeniero hace al través de una cordillera áspera. En el decurso del tiempo y de los trabajos, él mismo y sus sucesores, tendrán que modificar el proyecto primitivo, rechazando ciertos trechos como imposibles y sustituyendo otros, detallando las curvas, los declivios y mil particularidades que era imposible prever en el primer proyecto sumario. Supongo que usted habrá considerado mi obra, en el mismo sentido explicado. Y así acepto con agrado su idea favorable y el elogio benévolο que emite sobre ella».

Después de la publicación de su obra, la carrera del Dr. Wolf, como geólogo y mineralólogo, se termina en lo esencial. Ciertamente, como ya dijimos, siguió trabajando en asuntos principalmente petrográficos con el Dr. Stübel, en fiel y constante amistad. Después de la muerte de este eminente sabio, el vulcanólogo más destacado de los tiempos modernos, en el mundo entero, el Dr. Wolf, instituido su heredero científico, tuvo ocasión de publicar algunas de sus obras inéditas y entre ellas, «Las Montañas Volcánicas de Colombia» (Die Vulkanberge von Colombia, von Alphons Stübel), edición publicada después de la muerte de su autor, por Theodor Wolf, Baensch, Dresden, 1905».

El Dr. Stübel falleció en Noviembre de 1904. En carta del 22 de Diciembre de aquel año, el Dr. Wolf ponía en mi conocimiento tan sensible e irreparable acontecimiento. He aquí como se expresaba:

«Dresden-Plauen, Diciembre 23 de 1904.—Sr. D. Augusto N. Martínez.—Quito.—Muy respetado señor y amigo: —Habiendo fallecido mi querido e inolvidable amigo, el doctor Alfonso Stübel, el 10 de Noviembre pasado, después de una larga y dolorosa enfermedad, sus herederas (dos hermanas me encargaron dar a usted, esta triste noticia y contestar la carta que usted dirigió a su hermano con fecha 28 de

Octubre del actual. Superfluo me parece recordar a usted, cuánto ha perdido con esta muerte la ciencia geológica, especialmente el ramo de la vulcanología, que Stübel ha fundado sobre bases nuevas y sólidas, cuánto hemos perdido todos sus amigos, que tuvimos la felicidad de tratarle de cerca y apreciar sus cualidades superiores, no sólo en el campo de la ciencia, sino también en el de la humanidad pura y de la amistad personal. Pero nadie puede sentir la muerte del doctor Stübel tanto como yo; quien durante los últimos años, era su colaborador constante, con quien comunicaba y discutía todas sus ideas, antes de darlas a luz pública, quien poseía su confianza limitada, hasta en las cuestiones más íntimas de la vida privada. Amigos de esta clase son muy raros y, por esto, para mí su pérdida es irreparable, pues en la edad de 64 años (el doctor Stübel llegó a sus 70), no se contrae amistades nuevas de este género... Mi único consuelo consiste en la posibilidad de seguir trabajando para él aún después de su muerte. Pues, en su testamento, el doctor Stübel me nombró Administrador, Ordenador y Distribuidor de toda su herencia científica (manuscritos, libros, colecciones de toda clase, etc.) Como yo conozco todas estas cosas como mis propias y además, las intenciones que el difunto tenía respecto a cada una de ellas, podré cumplir escrupulosamente con este encargo honroso. La mayor parte y la más valiosa de las colecciones servirá para completar y ampliar el museo Stübeliano en Leipzig, el resto será distribuido entre varios Institutos científicos. Espero que también podré concluir una que otra de las obras principiadas o medio acabadas, para publicarlas. En especial desearía que se publique la gran obra sobre los volcanes de Colombia, acompañada de un número considerable de reproducciones fotográficas de los dibujos magníficos de Stübel..... Al concluir esta carta, me permito suplicar a usted que —en caso de que no haya llegado todavía hasta allá la noticia— publique en uno que otro periódico de la República, una breve noticia sobre la muerte de nuestro amigo, de quién, sin duda, muchos habitantes del Ecuador, se recordarán todavía. Sobre todo le encargo, que comunique la noticia al P. Sodiro, saludándole en mi nombre.—Sin más por hoy, le envía a usted los saludos más cordiales, su afectísimo amigo S. S.—(f.) Th. Wolf».

Hemos dicho que, con la publicación de su obra, cerró el Dr. Wolf su carrera de Geólogo, pero su espíritu jamás

cansado, buscó nuevas actividades. Mientras que las mañanas de todos los días, trabajaba en las colecciones del Dr. Stübel, no quiso que sus tardes fueran infructuosas para la ciencia. Así, al volver a su Patria, volvió también a sus primeros amores «LAS PLANTAS».

El múltiple y complicado género de las Potentillas, fué el campo de acción de aquellas actividades, y lo recorrió con todo ardor y entusiasmo. Lo estudió en herbarios, lo cultivó en su jardín, en todas sus especies, que viven en el Globo, aún las más raras, especialmente las del continente asiático. De esta consagración abnegada, que duró años de años, nació su segunda obra grande, «La Monografía del Género Potentilla», obra considerada por los sabios botánicos europeos, como MAESTRA.

Terminada esta labor, emprendió, ya en sus últimos años, en el estudio de los Aster americanos, pero parece que no alcanzó a terminarlo, porque las dolorosas privaciones experimentadas durante la guerra, agotaron las fuerzas de su cuerpo, aunque jamás declinó su gran espíritu.

UN RAYO DE INTENSA LUZ, vino alegrar el ocaso de su vida: nuestra PATRIA ECUATORIANA, comprendió las angustias, las miserias que amargaban la preciosa existencia del GRAN SABIO, que tanto trabajara en beneficio de ella, y así, le discernió, primero el título de CIUDADANO DE HONOR de la República, y le otorgó, además, una decente pensión vitalicia, que le ponía al abrigo de la tormenta desatada sobre su cabeza, por las calamidades de la guerra.

Como era muy natural, el Dr. Wolf perteneció como Miembro Activo o correspondiente a casi todas las Sociedades Científicas de Alemania. De la «Niederrheinische Gesellschaft für Natur- und Heilkunde», en la ciudad de Bonn, fué Miembro Honorario.

Quinta ROXANA (Ambato), Febrero 15-1928.